

“CONDUCTA” DE JOHN B. WATSON: ACTUALIDAD Y VIGENCIA CIEN AÑOS DESPUÉS

“BEHAVIOR” BY JOHN B. WATSON: ACTUALITY AND
VALIDITY ONE HUNDRED YEARS LATER

José Emilio García Noce

Universidad Católica, Asunción, Paraguay

Correspondencia: joseemiliogarcia@hotmail.com

Recibido: 20-11-2014

Aceptado: 05-03-2015

Resumen

En 1913 el psicólogo estadounidense John B. Watson produjo una importante conmoción en la ciencia psicológica con la publicación de su artículo *La psicología como la ve un conductista*, que fue seguida al año siguiente por el libro *Conducta: Una introducción a la psicología comparada*. Habitualmente se asume que tanto el libro como el artículo constituyen el origen formal del conductismo, una de las orientaciones psicológicas de mayor influencia en los siglos XX y XXI. Su principal objetivo fue el desplazamiento de toda clase de explicación mentalista en la psicología y una concentración en el comportamiento objetivamente investigado. A un siglo de producida la publicación del libro resulta propicia una evaluación de su actualidad y vigencia. Este artículo persigue ese propósito, centrándose en las ideas básicas de Watson tal como se encuentran expresadas en el libro, así como en las influencias intelectuales que recibió y en sus ideas respecto a los instintos y la psicología comparada. Se concluye que *Conducta* continúa representando una fuente importante de ideas para la psicología. La metodología del artículo es analítica y se apoya en la revisión de fuentes primarias y secundarias. En el tratamiento del tema se otorga una importancia especial al contexto en que surgen y se desarrollan las ideas discutidas.

Palabras clave: John B. Watson, conductismo, instinto, psicología comparada, historia de la psicología.

Abstract

In 1913 the American psychologist John B. Watson produced a major commotion in psychological science with the publication of his article *Psychology as the behaviorist views it*, followed the next year by the book

Behavior: An introduction to Comparative Psychology. It's commonly assumed that both the book and the article constituted the formal origin of behaviorism, one of the most influential psychological trends on the XX and XXI century. Its main objective was the displacement of all kind of mentalist explanations on psychology and a concentration on behavior objectively studied. After a century of Watson's book publication, this is a propitious time for an evaluation of its actuality and validity. The article pursues this purpose, focusing on the basic Watson's ideas as they are presented in the book and also the intellectual influences he received, as well as his ideas about the instincts and comparative psychology. It is concluded that *Behavior* continues to represent an important source of ideas for psychology. The article's methodology is analytical and supported by the review of primary and secondary sources. Special importance is given to the context in which the discussed ideas arose and developed.

Key words: John B. Watson, behaviorism, instinct, comparative psychology, history of psychology.

Los historiadores de la psicología son muy afectos a conmemorar acontecimientos que consideran gravitantes para el desarrollo de su ciencia, como la publicación de libros, fundación de revistas, sociedades y centros de estudios, así como de eventos tales como el nacimiento y muerte de figuras prominentes. Estas evocaciones a menudo se aprovechan como situaciones propicias para emprender evaluaciones o, cuando fuese requerido, sugerir rectificaciones. En este sentido el 2014 se presenta colmado de un conjunto de acontecimientos históricos a los que puede asignarse una significación destacable para la psicología, tanto si hablamos a nivel latinoamericano como universal. Por una parte se recuerda el primer medio siglo del fallecimiento del psicólogo Emilio Mira y López (1896-1964), español nacido en Santiago de Cuba cuando la isla aún era una colonia de ultramar y que emigró a América en 1939, dejando una perceptible influencia en países como Argentina y Brasil. En estos días Mira es objeto de estudios y publicaciones que enfocan diferentes aspectos de su extensa obra (García, 2014, Rossi, Falcone & Ibarra, 2014, Sánchez-Moreno, 2014). De igual modo, también se recuerdan cincuenta años del fallecimiento de Henri Piéron (1881-1964), psicólogo francés que fue un gran defensor y promotor de la psicología científica.

Otro evento importante y que guarda resonancias universales para la psicología constituye el interés focal para este artículo. Se trata del siglo transcurrido desde la publicación de *Behavior. An Introduction to Comparative Psychology (Conducta: Una introducción a la Psicología Comparada)* del psicólogo estadounidense John Broadust Watson (1878-1958) (Watson, 1914). Como era de esperarse, este aniversario también dio lugar a varios estudios sobre aspectos diversos, incluyendo la impresión por primera vez, en más de un siglo, de una investigación emprendida por Watson (2014) sobre las respuestas al suicidio en una muestra de sujetos con motivo de la gran depresión económica de 1929 y que había permanecido inédita hasta ahora en los archivos de la Biblioteca del Congreso de Washington, D.C. Igualmente se ha instalado el debate respecto al caso del pequeño Alberto o *Little Albert*, el niño al que Watson indujo una neurosis experimental y del que algunos

afirman se trató de Douglas Merritte (1919-1925), un infante no tan saludable como habitualmente se había supuesto y que, por el contrario, sufría de hidrocefalia obstructiva congénita, meningitis/ventriculitis iatrogénica por estreptococo y atrofia de la retina y el nervio óptico (Fridlund, Beck, Goldie & Irons, 2014). Por el contrario, Digdona, Powell & Smithson (2014) y Powell, Digdon, Harris & Smithson (2014) alegan que en realidad se trataba de otro niño, llamado Albert Barger (1919-2007), que no poseía los severos problemas que acusaba Douglas, lo cual de paso también deja a salvo el nombre de Watson respecto a los cuestionamientos que recibió en su ética personal al haber experimentado con un menor enfermo. Otras investigaciones analizaron las influencias de Watson sobre la psicología del desarrollo (Reese, 2013), su trayectoria como publicista y autor de artículos en revistas populares durante la década de 1920 y comienzos de la década de 1930 (Gondra, 2014) hasta finalmente llegar a la reimpresión de un artículo de Rosalie Rayner, la segunda esposa que escribió sobre el feminismo y la maternidad en 1932 (Rayner Watson, 2014) y el correspondiente análisis de sus ideas (Harris, 2014).

No hay discusión en que Watson es un autor fundamental para la historia de la psicología. Se ha dicho incluso que fue el más importante modelador de la psicología moderna durante la primera mitad del siglo XX, solo superado en influencia por Sigmund Freud (1856-1939) (Brewer, 1991), su verdadero antípoda conceptual. La obra de Watson adquirió variadas significaciones, entre ellas el constituir uno de los puntos de partida para el desarrollo futuro del *conductismo*, al que puede considerarse una de las orientaciones psicológicas que mayor gravitación y permanencia alcanzó durante el siglo XX en las ciencias del comportamiento. Este enfoque, por otra parte, alteró muchos de los supuestos teóricos que habían guiado y sostenido a la psicología hasta ese momento. Al mismo tiempo el conductismo no constituyó una respuesta unilateral hacia un solo tipo de problemas, sino una reacción a numerosas tendencias intelectuales diferentes. Pero quizás su oposición más significativa se haya producido en relación a los preceptos difundidos y mantenidos por el filósofo francés Rene Descartes (1596-1650) durante los tres siglos previos. Hocutt (1996) apunta sucintamente que el cartesianismo impulsó el reinado del solipsismo en la psicología, tuvo dificultades para reconciliar sus posiciones con la física mecanicista, con la biología evolucionista y la lógica, además de no coincidir con muchos hechos obvios del comportamiento humano. Las ideas racionalistas no desaparecieron de la psicología a la muerte de Descartes. Al contrario, permanecieron bien ancladas en la psicología posterior y es un hecho que estaban vivas en muchas de las producciones psicológicas que surgieron entre los finales del siglo XIX y los comienzos del XX.

Watson designó a su trabajo con el nombre de *conductismo metodológico*, lo cual significaba que, para su estudio, solamente había que concentrarse en aquéllos comportamientos que pudieran ser directamente observados. Sobre actividades de carácter subjetivo como el pensamiento no podría afirmarse que fueran inexistentes, aunque su estudio era demasiado complejo y difícil y no debía acometerse hasta tanto existiera una forma objetiva de hacerlo (Powell, Honey & Symbaluk, 2013). Por muchas décadas, el conductismo representó la corriente principal de la psicología en los Estados Unidos (Hergerhahn & Henley, 2013), aunque esta condición ha decrecido en el tiempo presente. La orientación que se relacionó al *condicionamiento operante* de B. F. Skinner (1904-1990) tuvo un impacto considerable, al punto de ser considerado el psicólogo más influyente del siglo XX (Ardila, 2002) y a la vez uno de los más prominentes y controversiales (Richelle, 1993).

Otras perspectivas, como el *conductismo propositivo* de Edward C. Tolman (1886-1959) se suponen avanzadillas para el desarrollo de la psicología cognitiva. Aunque inició una aproximación más abierta hacia la consideración de variables mentales siguió pensando que lo más significativo en la psicología podía aprenderse de experimentos con ratas blancas (Pickren & Rutherford, 2010). A Tolman también le cupo un rol destacado, aunque escasamente conocido, como uno de los investigadores que abrió el campo de la genética del comportamiento con sus experimentos sobre habilidad para el aprendizaje laberíntico en ratas (Innis, 1992). En el rubro de las aplicaciones, la modificación del comportamiento dio paso a un dilatado abanico de innovaciones tecnológicas en la psicología clínica, la psicología educacional y el ámbito de la industria y el trabajo. El conductismo, pues, se encuentra vivo y bien. La especial circunstancia de esta conmemoración centenaria hace propicia la ocasión para revisar los fundamentos y actualidad de las ideas iniciales. En consecuencia, los objetivos de este artículo son: 1) Analizar brevemente el contexto en que se publica el libro de Watson de 1914 y su relevancia en relación al enfoque general de la teoría promovida por este autor, 2) Estudiar los principios centrales defendidos por Watson en *Conducta* y que sirven de sustento teórico para esta versión original del conductismo, 3) Examinar los conceptos de Watson relativos al instinto y a la psicología comparada y 4) Evaluar la trascendencia de este libro para la psicología contemporánea. El artículo se fundamenta en una revisión crítica de las fuentes publicadas que resultan pertinentes para el análisis de los temas mencionados. En una primera sección, consideraremos los antecedentes y circunstancias en que surge y adquiere forma esta obra.

El contexto de fondo

El libro que Watson bautizó como *Conducta* tuvo su origen en una serie de ocho conferencias que tuvieron lugar durante el invierno de 1913 en Columbia University (Watson, 1914) y en las él había oficiado como disertante principal. Se sitúa así en el rango de los pioneros. Todo parece indicar que Watson fue el primero en utilizar los términos *conductismo* (*behaviorism*), *conductista* (*behaviorist*) y otros vocablos asociados (Moore, 1999), no solo en la psicología sino en cualquier otro contexto similar. Aunque también es posible concordar con Wispé (1991) que ya en 1905 el psicólogo británico William McDougall (1871-1938) se había anticipado a Watson en tiempos que se hallaba diseñando un proyecto teórico para definir a la psicología como la ciencia de la conducta (utilizando el inglés *conduct* en el texto original, no el de *behavior* que prefirió Watson). Pero más allá de cualquier detalle preciso sobre la precedencia temporal o prioridad intelectual puede afirmarse que la historia del conductismo, hablando en sentido estricto, no comenzó con este libro, aunque fuese en sus páginas donde se produjo una elaboración más acabada de los postulados centrales que sustentaron el enfoque. Un año antes, en 1913, se había publicado en las páginas del *Psychological Review* un artículo titulado *Psychology as the behaviorist views it (La psicología como la ve el conductista)* (Watson, 1913) y en el que nuestro autor tomó las armas para iniciar lo que se ha denominado con posterioridad la *revolución conductista* (Kantowitz, Roediger III & Elmes, 2009). Él fue muy cuidadoso al establecer el tono que deseaba otorgar a esta conferencia, pues mientras esperaba que sus destinatarios potenciales fueran los psicólogos también estaba fortaleciendo un lugar y una posición al reservar para sí la denominación como *el conductista*. Con ello buscaba significar no solo que se consideraba un crítico de la actual teoría psicológica

sino además el líder indiscutido de una nueva y revolucionaria manera de comprender el sentido y los alcances de la psicología experimental (Buckley, 1989). Comenzaba así una transformación significativa que habría de proyectarse al menos durante todo un siglo, dentro de la evolución interna que le concernió como teoría. Pero aunque Watson es corrientemente reconocido como el fundador del conductismo, es un hecho que otros autores surgidos en las décadas anteriores ya habían allanado el camino para el surgimiento de esta nueva orientación. De hecho, la ciencia es una acumulación sucesiva de esfuerzos graduales que paulatinamente se van agregando para configurar la aparición de nuevos enfoques, y en el caso del conductismo esta característica se percibe incluso mejor que en otros casos.

Pese a que el conductismo es una de las escuelas de psicología más peculiarmente estadounidenses, cualidad que comparte con el funcionalismo, sus precursores más relevantes se encuentran en Europa (Wertheimer, 2012). Aunque no debemos olvidar lo apuntado por Ardila (2013) que resaltó las semejanzas entre el conductismo y el pensamiento de algunos psicólogos latinoamericanos, sobre todo el argentino José Ingenieros (1877-1925). Pues bien, un antecedente muy importante es el trabajo del británico Conwy Lloyd Morgan (1852-1936), cuya visita a Boston entre 1895 y 1896 para pronunciar las *Conferencias Lowell* se considera el inicio de la psicología comparada en los Estados Unidos (Cadwallader, 1987). El texto de las disertaciones fue publicado en 1896 en un volumen titulado *Habit and Instinct* (Morgan, 1896a). Igualmente fue autor del primer libro que incorporó la denominación *psicología comparada* como parte de su título (Morgan, 1896b), ya que otro autor inglés, George Romanes (1848-1894), había utilizado la expresión en el texto de una obra publicada con una antecendencia de algunos años en relación al manual de Lloyd Morgan. Este último acuñó el principio de la *parsimonia* -que posteriormente fue conocido como el *Canon de Lloyd Morgan*- estableciendo que en ningún caso una actividad animal debería analizarse en términos de procesos psicológicos superiores si pueden ser interpretados en términos más simples en la escala de la evolución y desarrollo psicológico (Morgan, 1896b). La admonición iba dirigida principalmente contra Romanes (1884), que introdujo el uso del llamado *método anecdótico* en el campo del comportamiento animal. Esta era una práctica que indeseadamente dejó espacio para muchas descripciones subjetivas y antropocéntricas, que las alejaron del ideal de objetividad prevaleciente.

Los intereses en el comportamiento animal también se vieron reflejados en el libro que Leonard T. Hobhouse (1864-1929) publicó por primera vez en 1901 con el nombre de *Mind in evolution* (*La mente en evolución*) (Hobhouse, 1915). Este autor fue un político liberal británico que elaboró una de las primeras versiones doctrinarias consistentes sobre la democracia progresista en su país (Kloppenber, 1986). Al mismo tiempo, presentó la síntesis más equilibrada y completa que se disponía en sus días sobre el aprendizaje, la percepción y el pensamiento (Demarest, 1987). Congruente con sus preocupaciones sociológicas, lo que más interesó a Hobhouse era la evolución del fenómeno psíquico colectivo y dentro de ese espectro cómo se daba el avance de la psique humana y el desarrollo moral (Conway, 2013). Hobhouse fue el último de los psicólogos comparativos del siglo XIX que intentó desarrollar una teoría general de la mente basada en los preceptos darwinianos. En este sentido, su propósito no fue el estudio de la psicología comparada y la evolución de la mente *per se*. Le interesaron estas cuestiones porque implicaban la atención obligada a problemas que debían ser resueltos de manera previa si es que una ética social habría

de establecerse sobre las bases firmes que provee la ciencia (Tolman, 1987a). Un texto de gran predicamento y quizás uno de los más populares fue el de Margaret Floyd Washburn (1871-1939), *The animal mind (La mente animal)*, cuya primera edición apareció en 1908 (Washburn, 1917). Este libro ofrecía una presentación muy sólida y organizada. En su plan básico se ordenaban los procesos mentales de manera jerárquica, partiendo de las sensaciones simples hasta los procesos mentales superiores (Demarest, 1987).

Antes de finalizar la primera década del siglo XX Herbert Spencer Jennings (1868-1947), un biólogo estadounidense que fue colega de Watson en Johns Hopkins University, había tomado una posición decididamente cautelosa en relación al uso de conceptos que involucrasen el mundo privado de los pensamientos y sentimientos (Wasserman, 1999). En 1906 Jennings publicó *Behavior of the lower organisms (Comportamiento de los organismos inferiores)* (Jennings, 1906) y en este libro razonó que, aunque los procesos conscientes figuran entre los problemas más relevantes que puede enfocar la psicología, somos incapaces de tratar directamente con ellos a través de los métodos de la observación y el experimento. En consecuencia, los fenómenos del comportamiento se convierten en los más interesantes hacia los que podemos orientar nuestra atención como científicos. El libro tuvo un impacto destacable. Un comentarista tan solvente como Robert Yerkes (1876-1956) calificó las observaciones de Jennings como correctas y admirables en lo que hace a la exactitud de su descripción, aunque reservó críticas hacia la forma como había enfocado sus resultados y las conclusiones obtenidas de la comparación entre especies (Yerkes, 1904). Por la misma época otros autores escribieron libros que anticipaban casi exactamente los mismos puntos de vista que después habría de enfatizar el conductismo. Este fue el caso del neurólogo y psiquiatra ruso Vladimir Bechterev (ó Bějterev ó Bekhterev) (1857-1927) que en 1904 publicó *La psicología objetiva*, una obra en la que negaba enfáticamente que la introspección fuera el método adecuado para la investigación psicológica, sugiriendo al mismo tiempo que los reflejos debían ser los conceptos clave para una nueva psicología de cuño objetivo y que la misma debería estudiar y medir las reacciones humanas a toda clase de estímulos. La desventaja para Bechterev estuvo en que su lengua materna, el ruso, era poco utilizada fuera de su propio país y que su obra comenzó a ser mayormente conocida en Occidente solo luego de las primeras traducciones al francés (Bechterev, 1913). No obstante esta desventajosa situación interpuesta por el idioma, los logros de Bechterev fueron muchos, como la fundación del primer laboratorio de psicología experimental en Rusia en 1886, organizado solo pocos años después que el de Leipzig. Bechterev impresionó a sus contemporáneos por la gran cantidad de escritos que produjo sobre psicología, psiquiatría, filosofía e historia (Shirayev, 2014). Su capacidad como escritor fue asombrosa. Boakes (1989) comenta que siempre iba acompañado de un surtido de hojas en las que, ni bien disponía de unos minutos libres, se dedicaba a crear nuevos artículos y libros.

En este contexto también fueron importantes los aportes de un biólogo nacido en Alemania, pero cuya carrera se desarrolló primordialmente en los Estados Unidos: Jacques Loeb (1859-1924). Él fue uno de los profesores que tuvo Watson en la Universidad de Chicago. En su obra más importante (Loeb, 1900) y en otros escritos menores estudió detenidamente el mecanismo de los *tropismos*, fenómenos biológicos que implican cambios de orientación hacia determinadas fuentes de estímulo así como las *taxias* y en particular las *fototaxias*, que son modificaciones en la dirección de respuesta del animal hacia una fuente de luz. Loeb se hizo muy famoso al demostrar que ciertas variedades

de mariposas buscan la luminosidad de una vela en la oscuridad hasta quemarse por completo las alas en la llama. La orientación de Loeb fue objetivista y su pretensión era explicar todas las formas de comportamiento, incluyendo las humanas, en la forma de tropismos simples. Entre los anticipos históricos al conductismo, por supuesto no podemos soslayar los descubrimientos de Ivan P. Pavlov (1849-1936) en la Rusia zarista de comienzos del siglo XX y que lo llevaron a distinguir las diferentes variantes que adquiere el condicionamiento clásico. No hay que olvidar que Pavlov escribió sus obras en ruso y que la primera traducción al inglés se produjo recién en 1927, catorce años después que tuviera lugar la conferencia de Watson. Sin embargo, este último ya hablaba de aquéllos principios en sus primeras publicaciones, con evidente conocimiento de causa. La explicación es que Pavlov mantuvo correspondencia durante muchos años con Robert Yerkes, a la sazón un psicólogo interesado en el estudio del comportamiento animal y uno de los propulsores más importantes de la primatología y el estudio de la inteligencia de los chimpancés en los Estados Unidos (Yerkes & Learned, 1925). El mantuvo varios proyectos colaborativos con Watson durante la primera década del siglo XX (Boakes, 1989). Fue a través de la correspondencia entre Pavlov y Yerkes como aquél tomó conocimiento de los principios que el fisiólogo ruso se hallaba descubriendo en su laboratorio (Wight, 1993). Yerkes, Watson y otros investigadores distinguidos como Edward Lee Thorndike (1874-1949) formaron la segunda generación de psicólogos estadounidenses, tras los mayores como William James (1842-1910) y James Mark Baldwin (1861-1934). Una de las características principales en esta generación fue el consolidarse como científicos y alejarse rápidamente de la filosofía en su producción psicológica, diferenciándose nítidamente de los europeos contemporáneos suyos, cuya receptividad hacia la especulación no había variado mucho (Mills, 1998). Lo importante fue el sostenimiento invariable de esa actitud, ya que autores como Baldwin continuaron publicando y editando libros sobre filosofía (Baldwin, 1901-1905). Con estos ingredientes a mano, la escena ideal para el surgimiento del nuevo enfoque psicológico estaba puesta y únicamente aguardando su momento.

El surgimiento del conductismo

En el artículo previamente mencionado, Watson (1913) definía a la psicología como una rama objetiva y experimental de las ciencias naturales. No había sido muy corriente, hasta ese momento, delimitar a la psicología de esta forma. En el primer párrafo hacía una alusión muy específica a la introspección, la estrategia de investigación de la conciencia con que la psicología había iniciado su trayectoria institucional como ciencia en el célebre recinto de la Universidad de Leipzig de la mano de Wilhelm Wundt (1832-1920). Pero la mención era solo para señalar que esta no formaba una parte esencial de sus métodos. La nueva psicología que Watson estaba proponiendo declaraba que no habría de reconocer ninguna línea divisoria entre el hombre y los *brutos*, esto es, los animales. Esta no sería en absoluto una novedad para quienes hubieran conocido el trabajo y las primeras publicaciones de Watson durante la década inmediatamente anterior, cuando sus investigaciones sobre el comportamiento de las aves marinas lo habían hecho bastante conocido en los círculos científicos interesados en los hábitos de los animales (Boakes, 1989). Sin embargo, más adelante veremos que sí hubo un punto donde Watson fijó una barrera. Remarcaba además que el comportamiento humano, con todo el refinamiento y complejidad que le caracteriza, constituye solo una pequeña parte

en todo el esquema de investigación que corresponde a la línea de trabajo implantada por el conductismo (Watson, 1913).

Estos giros profundos en la orientación de la psicología representaron cambios verdaderamente radicales, en especial si se considera la situación prevaleciente en 1913. Si bien se contaban algunas escuelas menores, cuando Watson entró en escena con la publicación de *Conducta* la psicología norteamericana se hallaba dominada por las dos orientaciones rivales y muy antagónicas que constituían el *funcionalismo* y el *estructuralismo*. La primera de ellas estaba liderada por figuras como Baldwin y James Rowland Angell (1869-1949), aunque corrientemente se la considera fuertemente inspirada en las ideas que William James expuso en *The Principles of Psychology (Principios de Psicología)*, su monumental obra en dos volúmenes publicada en 1890, tras doce años de gestación (James, 1890). El estructuralismo, que tuvo su base más evidente en los desarrollos teóricos de Wundt, encontró en Edward Bradford Titchener (1867-1927) su continuador más reconocido e influyente en el escenario norteamericano. Titchener había nacido en la ciudad inglesa de Chichester, pero tenía el pensamiento típico de un alemán, al decir de Boakes (1989). Esto es porque congeniaba estrechamente con las ideas de Wundt, lo cual no era habitual entre los ingleses, que tendían más hacia el evolucionismo. Pero pese a ello no fue un seguidor dogmático e incondicional de Wundt. Con él mantuvo algunas singulares divergencias filosóficas, principalmente por la inclinación del maestro alemán hacia la tradición idealista de los filósofos de su país. Titchener comulgó aún mejor con el asociacionismo que el británico John Locke (1632-1704) había elaborado tres siglos antes. Al mismo tiempo, Titchener aplicó el método introspectivo mucho más que Wundt (Kardas, 2014). Y fue hacia este tipo de psicología en particular que Watson reaccionó con tanta energía e hizo su objetivo fundamental el sustituirla completamente. Esa resistencia era importante porque Titchener había comenzado a cosechar críticas cada vez más frecuentes por la utilización del método de la introspección y sus reportes sobre los elementos de la conciencia, caracterizados por la subjetividad (Schultz & Schultz, 2011). Tales debates eran relevantes porque en estos años el escenario de la psicología estadounidense se hallaba íntimamente ligado al desarrollo potencial del estamento académico y su identificación básica se daba fundamentalmente en ese carácter (Evans, 1984). Es decir, cualesquiera opiniones que pudieran surgir respecto a la psicología y los psicólogos dependían de cuanto se hallaran analizando los profesores universitarios.

Para un autor como Angell, la psicología funcionalista era un “...esfuerzo por discernir y retratar las operaciones típicas de la conciencia bajo las condiciones de la vida actual, contra el intento de analizar y describir sus *contenidos* complejos” (Angell, 1907, pp. 62-63). Este análisis era variado y comprendía una serie de tópicos a los que podían aplicarse los principios derivados de la teoría de la evolución de Charles Darwin (1809-1882), siendo así la primera orientación psicológica en proceder de esta manera. No sería la última. El contrapunto con la psicología defendida por Titchener era muy evidente y agudo, especialmente si consideramos que esta, tal como la definía ese autor, debía conceptualizarse como *la ciencia de los procesos mentales* (Titchener, 1896, pp. 4-5). Esto debía entenderse como el movimiento y los cambios que ocurren en la mente, la cual a su vez se identifica con los fenómenos que caen bajo el amplio rango de nuestra experiencia. Entonces, remarcaba Titchener (1896), la psicología no habrá de enfocar otra cosa que no sean *los procesos mentales*. La psicología debía proceder al estudio de la experiencia intelectual en sus componentes más simples, comenzando por atomizar lo complejo. Todo esto, sin embargo, trajo muchos

problemas. Moore (2011) resaltó que dos de ellos, y que afectaban por igual al estructuralismo y al funcionalismo, eran la falta de confiabilidad y consenso. La confiabilidad se refiere al método introspectivo, que encontraba dificultades por la escasa frecuencia con que sus hallazgos podían ser replicados por otros participantes en distintos laboratorios, a pesar del esfuerzo por entrenar rigurosamente a los sujetos. La falta de consenso obedecía al relativo esoterismo que albergaban las discusiones surgidas entre los psicólogos, especialmente debido a la pobre definición conceptual en muchos de los términos utilizados y que generaban la desconfianza de la gente común. Fueron varios los puntos de fricción entre ambos enfoques, pero como expone Green (2009), la inconsistencia de los estudios sobre los tiempos de reacción, que constituyeron uno de los temas fuertes de estudio en el laboratorio de Leipzig, fue lo que motivó la fiera oposición entre estas dos grandes líneas de la psicología norteamericana. Los cuestionamientos comenzaron con James McKeen Cattell (1860-1944) y encontraron un enfático defensor en Titchener. Este intentó salvar las inconsistencias de los datos, argumentando que no existían. Finalmente Baldwin, conduciendo estudios propios, demostró errores en los argumentos de Titchener. En esta disputa a veces agria, la psicología funcional y evolucionista estadounidense comenzaba a verse como una alternativa más que seria.

Paralelamente, la confrontación del ideario conductista con los principios del funcionalismo y el estructuralismo eran más que evidentes. En realidad muchas de estas corrientes psicológicas respondían a influencias metapsicológicas similares, no siendo la menor el positivismo, aunque esto no impidió que surgieran perspectivas teóricas muy alejadas que favorecieron visiones discordantes sobre el objeto y la metodología para la psicología. Pero la secuencia histórica que siguen las ideas y el modo como unas adquieren la capacidad de producir efectos visibles e insertarse en otras resulta menos fácil de precisar y seguir de lo que a primera vista podría suponerse. Por ejemplo, en la reconstrucción histórica de la psicología a menudo se da por supuesto que el conductismo es una derivación, o al menos un modelo conceptual que ha sufrido influencias de considerable peso y extensión por parte del positivismo lógico (Leahey, 1998). De esta manera, se habría asumido que el análisis de la ciencia elaborado por esta filosofía era correcto, lo que a su vez estimuló la adopción de enfoques congruentes con esta línea de pensamiento en particular. Pero autores como Smith (1986) cuestionaron este supuesto, poniendo en entredicho la conclusión sobre una relación unívoca y directa entre ambas construcciones intelectuales. Su criterio estaba fundamentado en que el interés del positivismo lógico no se restringió al conductismo únicamente sino que abarcó otros modelos como el de la psicología de la *gestalt*, así como en el hecho que los escritos de los conductistas por lo general no mencionan al positivismo lógico como una perceptible influencia en su trabajo. Pero en la opinión de otros autores, Watson encarnó el esquema del positivismo con fidelidad. Incluso Smith (1986) sostiene que esta forma de *positivismo comportamental* que tomó forma con el conductismo era una extensión del fisicalismo típico del Círculo de Viena, cuyos autores llegaron a estar muy familiarizados con las opiniones de Watson y concordaron fuertemente con él, a través del conocimiento que obtuvieron con la lectura de algunos ensayos del filósofo británico Bertrand Russell (1872-1970). Otros que discrepan con esta caracterización del conductismo como un producto directo del positivismo arguyen, no sin atendibles argumentos, que fue más bien un estilo de *fenomenalismo* combinado con otras influencias, las que en su conjunto pueden considerarse los basamentos filosóficos de las ideas de Watson (Tolman, 1992).

Lo indiscutible es que la orientación de la teoría y en particular del libro que analizamos estaba alineado a una concepción fundamentalmente objetivista, experimental y naturalista. Y dejó esa impronta muy marcada en la psicología, en especial la estadounidense, a partir de entonces.

Ideas y principios fundamentales

Conducta (Watson, 1914) fue publicada por la editorial Henry Holt de Nueva York y contaba con cuatrocientos treinta y nueve páginas. Se hallaba organizada en catorce capítulos con los siguientes temas y títulos: I. Psicología y Comportamiento, II. Algunos problemas enumerados, III. Aparatos y Métodos, IV. Estudios observacionales y experimentales sobre los instintos, V. Sobre el origen de los instintos, VI. El estudio experimental de la formación de hábitos, VII. Fijación de arcos en el hábito, VIII. La simplificación del proceso de aprendizaje, IX. Los límites del entrenamiento en los animales, X. El hombre y las bestias, XI. Visión, XII. Funciones auditivas y relacionadas, XIII. El olfato, el gusto y el “sentido común químico” y XIV. Sentidos cutáneo, orgánico y kinestésico. El libro estaba dedicado a James R. Angell y Henry H. Donaldson, a quienes Watson gentilmente llamaba “amigos y profesores”.

De acuerdo al argumento expuesto en el libro, la psicología había fracasado durante los cincuenta años previos de su existencia como disciplina en el fin básico de establecer su lugar como una ciencia natural indisputada. Sus métodos aún mantenían algo de esotéricos y cuando ciertos datos fallaban en ser replicados era más común argüir que se debía a una mala aplicación de la introspección que a problemas surgidos en los aparatos o en el control de los estímulos. Por ello, decía Watson (1914), había llegado el momento propicio para descartar la conciencia y no continuar engañándonos vanamente con la ilusión de que se está haciendo de los estados mentales un objeto real de observación psicológica. Los enfoques teóricos más influyentes también resultaban problemáticos en este sentido. Tanto en lo que concierne a la psicología estructuralista como lo que hace a la psicología funcional ambas adolecían de las mismas dificultades, pues mientras la primera se interesaba en la estructura y el contenido, la segunda solo cambiaba ligeramente los términos, introduciendo el concepto de *función* para darle mayor movilidad a los procesos bajo estudio. Pero con esto caían, en la opinión de Watson (1914), en una suerte de paralelismo entre lo mental y lo físico, aunque los psicólogos funcionalistas se hayan esforzado en permanecer dentro de los términos más precisos de una cierta variedad de interacción. En cambio, Watson (1914) consideró que el conductismo era la única psicología verdaderamente funcional, pues esquivaba tanto el Escila del paralelismo como la Caribdis de la interacción. Gracias al programa que había propuesto, él esperaba superar por completo el antiguo problema mente-cuerpo, que había caracterizado los devaneos de los filósofos del pasado y persistió en algunos de los primeros psicólogos inclusive. Con esa fórmula creyó posible cortar el Nudo Gordiano simplemente con un rechazo completo de la mente consciente como un tópico válido para la investigación científica (Baars, 1986).

La psicología debía definirse como la ciencia de la conducta y nunca más volver a utilizar términos como conciencia, mente, estados mentales, contenido, voluntad, imágenes y otros semejantes. Los conceptos de la psicología debían ser los de estímulo y respuesta, formación e integración de hábitos y otros de similar tenor. Una disciplina que se preciara de científica debería partir solo de los hechos observables, tanto de los que competen a los humanos como a los animales, así como

el modo en que estos se ajustan a sus ambientes por medio de la herencia y de los hábitos con que se encuentran equipados. Otro aspecto crítico era el de la metodología. Debía ser de un interés prioritario, en toda la variedad de enfoques que se agrupan bajo la denominación del método experimental, el proceder de un modo unificado y coherente. Tanto el comportamiento humano y el animal debían estudiarse siempre, tanto como ello fuera posible, bajo similares condiciones. No había justificación para hacer diferencias. Lo mismo ocurría con la *conducta implícita*, que hasta el momento no puede ser convenientemente analizada. En verdad, habían formas más prácticas, si cabe la expresión, de investigar cómo pueden producirse fenómenos como el pensamiento o el lenguaje interno. Dejemos hablar a Watson mismo:

La laringe y la lengua, creemos, son el loci de la mayoría de los fenómenos. Si sus movimientos pudieran ser adecuadamente retratados podríamos obtener un registro similar al de un fonograma. Ciertamente, nada tan definido como esto se podría lograr, pero debemos conseguir un registro, al menos, que revele en gran parte los hábitos verbales del sujeto, los cuales, si no nos equivocamos, conforman el grueso de las formas implícitas de comportamiento (Watson, 1914, pp. 20).

El aprendizaje es, de lejos, el tópico más relevante para el análisis global del comportamiento. De hecho, este se convirtió en el fenómeno psicológico más estudiado por los conductistas durante todo el siglo XX. Watson pensaba que tanto la conducta normal como la anormal eran debidas a procesos aprendidos. La importancia de esta variable no podría nunca disminuirse, desde el momento que, a través de la formación de los hábitos, se encuentra la forma más directa y efectiva de controlar la conducta (Watson, 1914). A diferencia de los instintos, hacia los cuales Watson hace menciones menos categóricas y despectivas de lo que habitualmente se supone -es decir, no los negaba ni tampoco anulaba su acción-, y que además no pueden ser fácilmente modificados, los hábitos pueden ser sistemáticamente implantados. Es más, no hay límites a la cantidad de ellos que un animal pueda formar ni tampoco a la complejidad que logran alcanzar. La indagación sobre los procesos de ensayo y error había demostrado suficientemente que desde los paramecios a los primates existe la capacidad de aprender en esta forma (Watson, 1914). Lo necesario era descubrir las normas que gobiernan la producción de los hábitos o en su defecto establecer parámetros de comparación entre especies.

En el proceso de investigación del comportamiento debían ser tomados en cuidadosa consideración los aparatos para la experimentación con sujetos animales y humanos. Los libros de Jennings, Loeb y el de Samuel Ottmar Mast (1871-1947), *Light and the behavior of organisms (La luz y el comportamiento de los organismos)* (Mast, 1911) eran tomados por Watson como referencias básicas. La instrumentación debía ser útil para medir fenómenos tales como: a) los estímulos generales a los cuales el animal debe responder positivamente (la comida y objetos relacionados con la actividad sexual) y b) aquéllos a los cuales el animal otorga respuestas negativas (choques eléctricos, extremos de temperatura, luz intensa, etc.), así como los que sirven para el análisis de los receptores y la formación de hábitos sensoriales. Se discutía el desarrollo de las así llamadas *cajas de control*, dispositivos que debían servir para estudiar el comportamiento en todas las especies lo mismo que en el trabajo de laboratorio. Diagramas y gráficos detallados acompañaban la explicación sobre el uso de estos implementos. Las estrategias que había popularizado Pavlov se describían como métodos fisiológicos, usados ampliamente en el comportamiento animal. Watson (1914)

los consideraba de utilidad para determinar la eficiencia de los receptores de los animales. En la página 66 del libro se ofrece una ilustración minuciosa del esquema pavloviano.

El pensamiento de Watson hacia los instintos

El uso de conceptos como el del *instinto* tuvo una historia relativamente accidentada dentro de la psicología, principalmente porque su definición casi siempre rehuyó la precisión que se requiere para hacerla parte del lenguaje científico. Pese a esta deficiente conceptualización, la noción contenía algunas propiedades básicas: a) era innato, b) no aprendido y c) universal entre los miembros de una misma especie. Podría variar desde patrones específicos de respuesta hasta acciones propositivas que involucran acciones finalistas (Cofer, 1985). Muchos fueron los autores que escribieron sobre este punto. Charles Darwin por ejemplo, en su teoría de la evolución por vías de la selección natural, reconoció la existencia de dos clases de instintos: los que llamó *generales* y los que denominó *especiales*. Consideró que los primeros tenían una mayor incidencia e importancia para la explicación del comportamiento humano (Alexander & Shelton, 2014). En la época de publicado *El origen de las especies*, Darwin (1859) había aceptado que la acción de los hábitos, y sobre todo la repetición de los mismos hasta volverse propiedades hereditarias, podía explicar adecuadamente el mecanismo por el cual se establecen los instintos, aunque más adelante haya modificado en algo esta posición para concentrarse más en la selección grupal como su elemento de origen. En los Estados Unidos la definición clásica de William James, contenida en el capítulo XXIV de los *Principios de Psicología* (James, 1890), se refería a los instintos como la facultad de actuar en formas tales que se pueda acceder a determinados resultados, sin previsión alguna de la finalidad y sin una educación previa para lograr la ejecución. Así entendidos, se suponía que los instintos estaban presentes en una amplia escala del reino animal y su existencia era obvia, por lo que no requerían demostración alguna. James (1890) aceptó como ciertas las dos propiedades que se le atribuían a partir de autores como los británicos Romanes y Douglas Alexander Spalding (1841-1877), este último considerado uno de los fundadores históricos de la etología (Thorpe, 1982): a) el principio de la inhibición de los instintos por los hábitos y b) la ley de la transitoriedad, esto es, su decrecimiento o desaparición a una edad específica. Tras proponer una larga lista de tendencias prominentes, James (1890) concluía diciendo que ningún otro mamífero, incluidos los simios, poseen una variedad tan amplia y numerosa. En condiciones óptimas de desarrollo, cada uno de estos instintos podría dar origen a un hábito orientado hacia ciertos objetos y, del mismo modo, inhibir otros dirigidos hacia cosas diferentes.

El apelativo a los instintos también alcanzó un punto culminante en la obra de William McDougall durante los primeros años del siglo XX. El sistema psicológico de McDougall se conoció como *psicología hórmica*, denotando un propósito útil para el comportamiento (Walsh, Teo & Baydala, 2014). En esencia era un enfoque *propositivo*, en el sentido de interpretar el carácter básico de la conducta como una acción dirigida hacia una meta (Innis, 1998). Las inclinaciones intelectuales de McDougall conocieron de muchas y variadas aristas, habiendo incursionado por ejemplo en la investigación psíquica a poco de su arribo a los Estados Unidos en 1921, proveniente de su natal Inglaterra (Asprem, 2010). Aunque escribió uno de los primeros textos de psicología social en lengua inglesa, el contenido de su trabajo lo acercó bastante a lo que podría considerarse una psicología comparada. La exhibición de modos complejos de comportamiento adaptativo en un

animal sin que este al mismo tiempo muestre una experiencia previa de la situación, sumada a la comprobación de una constancia de tales modos de conducta en todos los individuos que pertenecen a una misma especie constituyen, en la óptica de McDougall (1912a), los criterios generalmente aceptados para diferenciar la actividad instintiva. El reconocimiento de la que deber ser su presa específica por el individuo promedio, sin contar para ello con ninguna guía que pudiera provenir de su experiencia previa, implica que el animal posee una destreza cognitiva correspondiente, que se origina en su constitución innata y se muestra perfectamente funcional en cada integrante del grupo, con absoluta prescindencia del ejercicio o el entrenamiento anterior. El disponer de la capacidad de actuar en relación a su víctima durante el primer encuentro en la forma característica que incumbe a la especie a que pertenece conlleva al mismo tiempo la posesión de una disposición conativa y congénita. Esto es lo que, en última instancia, se identifica con la naturaleza misma de un instinto. En otras palabras, consiste en una disposición conativa innata que coexiste junto a una tendencia cognitiva especializada.

En opinión de McDougall (1912a), el sistema cognitivo-conativo completo puede ser innato o heredado y se desarrolla espontáneamente en cada individuo hasta conducirlo a una condición en que le resulta posible dirigir una reacción adecuada hacia objetos específicos que orientan su acción. Por consiguiente, los instintos son fijos y poseen una función adaptativa primaria. En la especie humana existen algunas proclividades innatas o hereditarias que McDougall (1912b) considera los poderes motivadores para todo pensamiento y acción y además las bases a partir de las cuales se desarrollan el carácter y la voluntad de los individuos y las naciones, siempre bajo el influjo de las facultades intelectuales superiores. Conforme a este punto de vista, las tendencias primarias innatas forman parte de la constitución mental de los hombres de todas las épocas y todas las razas. En opinión de McDougall (1912b), las bases nativistas de la mente humana se hallaban conformadas por la suma de estas propensiones innatas y adquieren dos formas principales: a) Las tendencias específicas o instintos y b) Las tendencias generales o no específicas, que se forman desde la especial constitución de la mente y los procesos intelectuales en general. Como puede apreciarse, la noción instintiva que discutimos posee un fuerte y consistente cimiento evolucionista. Aquí debemos advertir que McDougall no fue el único en ocuparse de la naturaleza de los instintos en las primeras décadas del siglo XX, incluso un poco antes de la irrupción del conductismo, aunque las ideas que difundió al respecto hayan sido posiblemente las más influyentes en su ambiente cultural. En esta época algunos autores que provenían de muy diferentes campos, como el cirujano británico Wilfred Trotter (1872-1939) avanzaban sus propias especulaciones sobre el particular en libros como el titulado *Instincts of the herd in peace and war (Los instintos gregarios en la paz y en la guerra)* (Trotter, 1917). Pinillos (1975) informó que el sociólogo Luther Bernard (1881-1951) había revisado en detalle la literatura existente en los años veinte y encontró que mencionaban aproximadamente una seis mil clases diferentes de instintos, incluyendo algunos tan insólitos e inesperados como el *instinto de despiojamiento*. Sin desmerecer a los autores que intentaron estudiar con seriedad y rigor este campo, era evidente que el abuso del concepto había alcanzado grados alarmantes.

Es contra este marco de fondo como Watson buscó arrojar alguna claridad a sus opiniones sobre los instintos en el libro de 1914. Los intereses del autor en esos ámbitos a menudo resultan subestimados y además los eclipsa el trabajo que realizó con el comportamiento (Dewsbury, 1988). Sobre

el uso del término opinaba que, en una dimensión únicamente comparable al de la *conciencia*, era el concepto al que las ambigüedades cosechadas en su propia historia le habían perjudicado más. Para Watson (1914) el uso de la expresión había llegado a significar una combinación de respuestas congénitas desplegadas de forma serial bajo una estimulación apropiada. Estas, al mismo tiempo, se presumen “adaptativas” bajo el punto de vista darwiniano. Cada elemento de la serie que compone estos comportamientos puede ser apropiadamente conceptualizado como un reflejo. El instinto, en esta forma que lo planteó Watson (1914) podría ser visto como una cadena de reflejos. Estos tienen un carácter hereditario y la forma en que ocurre su despliegue en particular obedece estrictamente a esa condición. Enfocados en una perspectiva filogenética, los instintos son modos de respuesta que pueden contrastarse con los hábitos, que son adquiridos durante el curso de vida de un individuo. Verdaderamente, los hábitos son los conceptos clave de toda la aproximación de John B. Watson, habida cuenta que su psicología se ha centrado enteramente sobre este concepto y en el rechazo del mentalismo (Malone Jr., 1990). Las conductas instintivas se hallan bien ilustradas, conforme a esta caracterización, por algunos de los comportamientos de las aves al salir de los huevos y su empeño posterior de construir el primer nido, las nacientes respuestas de vuelo y sus intentos iniciales de capturar, matar y devorar sus presas (Watson, 1914). Al observarlo en su primera aparición en el animal, y sin la oportunidad de que primero se haya establecido un hábito, puede legítimamente hablarse de instinto. Expresado en esta forma, no hay reparos evidentes de Watson en la utilización continuada de este concepto. Y tampoco es ocioso hacer notar las semejanzas, deliberadas o debidas al *zeitgeist*, con las nociones inherentes a la obra de McDougall. La afirmación relativamente usual de un supuesto rechazo frontal al instinto por parte de Watson resulta explicable solamente en quienes no han leído sus escritos con la atención debida.

Los instintos, entonces, resultan aceptables para el vocabulario de la psicología comportamental en la forma de cadenas concatenadas de reflejos. Estas deberán comprenderse únicamente como patrones de acción fijos y formas de reacción completamente estereotipadas. Sin embargo, en las condiciones del conocimiento científico a inicios del siglo XX no era posible reducir todos los comportamientos a una única serie de reflejos estereotipados, como algunos contemporáneos de Watson pretendían -recordemos a Loeb-. La conducta se encuentra en constante cambio y ese también es un dato primario, argumentaba Watson (1914). La estimulación extra-orgánica, lo mismo que la intra-orgánica, son las responsables finales de la producción del comportamiento. La discusión sobre los reflejos podría ser también un punto que refuerce la impresión en el pretendido darwinismo de Watson, esto es, la creencia que su trabajo recibió influencias muy fuertes del creador de la teoría de la evolución. Desde luego hay un sentido más general en que casi todos los investigadores biológicos y del comportamiento eran en algún modo darwinianos al comenzar el 1900, pero el aspecto principal es si podría considerarse que Watson aceptaba sin reservas la idea básica de la continuidad entre las especies animales y el hombre. Muchos autores de texto lo han dado por supuesto, pero Logue (1978) encontró elementos para cuestionar esta asunción corriente. Él consideró que Watson en verdad no era un adherente incondicional a la idea de la continuidad, pues en algunos de sus libros, e incluso en el que estamos analizando (Watson, 1914) se habrían deslizado ciertas consideraciones suyas en apoyo de una diferencia fundamental entre el comportamiento humano y el de *los brutos*. Logue (1978) señala que hasta 1915 Watson continuó publicando algunos trabajos sobre aprendizaje animal, pero que tras esa fecha (y con una

sola excepción identificable claramente) nunca volvió a ocuparse de estos asuntos. La investigación sobre el comportamiento humano fue tomando de a poco el centro de su pensamiento y esta nueva orientación puede haber limitado su apertura hacia la discusión teórica sobre la continuidad. También podría haber influido el hecho que Watson, al alejarse de los problemas de la psicología comparada, fue otorgando cada vez más peso a la influencia del ambiente y el aprendizaje, en detrimento de sus posiciones iniciales abiertas inclusive a la admisión de los instintos en cuanto conjuntos de reflejos, como hemos visto en los párrafos precedentes. Las ideas que mantuvo sobre la filogenia del comportamiento, entonces, requieren una mirada más cercana.

El destino de la psicología comparada

El libro de 1914 lleva como subtítulo “una introducción a la psicología comparada”. Lo escribía alguien que no había escogido el nombre simplemente por motivos retóricos, sino que en los años previos condujo experimentos y estudios de campo con diferentes especies animales (Boakes, 1989), desde el control sensorial del aprendizaje hasta la ontogenia del comportamiento, incluso adelantando hallazgos que enfocaron el fenómeno que más tarde sería denominado *imprinting* por los etólogos (Cooper, 1985). Para muchos que exploraron el tema a lo largo de los años, este subtítulo parecía relativamente equívoco, habida cuenta la influencia más bien negativa que el libro habría tenido para el desarrollo de esta área de la psicología en particular. Es legítimo inquirir entonces sobre las características que poseía la psicología comparada de Watson y si su influjo fue positivo o pernicioso. El propio Watson no resultó muy abundante en fijar un concepto propio para la psicología comparada ni en establecer con demasiada especificidad el modo como su libro habría de constituir una *introducción* a ese campo. Tal vez se asumiera, en el ambiente académico donde se hacía la publicación, que el concepto en sí se hallaba lo suficientemente claro y por lo tanto mayores precisiones resultaban innecesarias. Las intenciones de Watson (1914) en el prefacio se limitaban a afirmar su esperanza de que este trabajo hubiera de servir para implantar el uso de métodos más cuidadosos en el estudio del comportamiento y contribuir de este modo a que el campo se escindiera de la hegemonía de otras ciencias.

Pero hay otros elementos que ayudan a situar mejor el panorama. Barrett (2012), por ejemplo, señala que con el advenimiento de la teoría evolucionista de Darwin se impuso una visión de los animales que concebía los detalles ínfimos de su morfología y sus particularidades psicológicas como producto de los procesos que operan a nivel de la selección natural. De este modo se rompía con la prolongada influencia de la visión cartesiana tradicional respecto a los seres vivos y el cuerpo. En efecto, esta concebía a los animales como máquinas o autómatas sometidos a las acciones ciegas del mecanicismo físico y al mismo tiempo ubicaba la esfera consciente humana en un plano superior, fuera de la naturaleza y libre de la influencia de la causalidad. Así vistos, los animales eran simples artilugios biológicos desprovistos de pensamiento o juicio. Los supuestos de Darwin condujeron con firmeza a la noción de la continuidad entre especies, especialmente considerando las capacidades psicológicas, que se producían como resultado directo de la evolución filogenética. Los cambios acumulados a través del tiempo nos llevan a descubrir que en todas las especies superiores, tanto en su forma física como en su psicología individual, pueden hallarse rudimentos o huellas de los antecesores. En consecuencia, la mente de los animales emerge de las relaciones entre la contextura física y el ambiente y no era algo diferente o separado, sino simplemente otra característica

más que había modelado la selección natural. No había separación entre organismo y ambiente, sino mutualidad e interdependencia.

Este esquema fue alterado por la llegada del conductismo, que reintrodujo un estilo de análisis cartesiano al ámbito de la psicología. Los aspectos mentales fueron entonces confinados al reino de lo inaccesible, generando una nueva oposición entre la mente interior y la conducta externa (Barrett, 2012). Hay que recordar que los primeros psicólogos comparativos estaban interesados sobre todo en aspectos como la mente animal, que incluso estudiaron con una actitud bastante antropocéntrica. Y no hablamos solo de Romanes sino de Darwin mismo, cuyas descripciones de los animales se hacían en términos bastante similares a los de seres humanos dotados de consciencia (Darwin, 1872). Las correcciones de Lloyd Morgan perseguían la depuración de estos defectos y comenzaron de a poco a modificar el lenguaje. Al igual que él, Watson esquivó los compromisos con el antropocentrismo desde sus primeros artículos (Shirayev, 2014). El trabajo de autores como Loeb transformó el campo dotándolo de una terminología y metodología más objetivas y preparando, también de ese modo, el advenimiento del conductismo. El fenómeno comportamental fue cayendo cada vez más bajo el control de las técnicas experimentales objetivas y la atención de los investigadores se trasladó desde las inferencias mentales de los animales al comportamiento en sí mismo (Papini, 2008). Esto es esencialmente importante por cuanto Watson (1914), en el décimo capítulo de su libro, y donde se enfoca en las relaciones particulares entre el *Hombre y la Bestia* -posiblemente el más *comparativo* de todos-, establece con claridad que la psicología no precisa cambiar sus métodos de investigación y sus principios al pasar del estudio de formas más simples de comportamiento a variedades más complejas. O lo que es igual a decir, de los animales al hombre. Sin embargo, lamentaba la existencia de una inclinación perniciosa y no solo en los psicólogos, sino incluso entre los biólogos. En ellos se constataba la tendencia a tratar los reflejos y hábitos simples en una forma perfectamente objetiva. Pero luego, y de manera repentina, se mostraban compelidos a introducir lo psíquico en la explicación del comportamiento. Incluso remarca que Loeb no había escapado del todo a esa propensión. Este punto denotaba una costumbre que no era apropiado mantener en una ciencia del comportamiento, pues las explicaciones se pueden desarrollar perfectamente sin el recurso a los aspectos mentales. Watson (1914) pensaba que, en la medida que se avanza de las respuestas de los animales simples a las más complejas de las especies superiores es posible corroborar dos cosas: 1) Existe un número mayor de unidades comportamentales y 2) Hay formas diversas en que estas se combinan y revisten más complejidad. El avance en la comprensión de las singularidades del comportamiento en los animales superiores se debe realizar manteniendo la base en los reflejos y en los hábitos.

No era precisamente así como procedían los psicólogos comparativos en las etapas inmediatamente anteriores a Watson. Aquellos investigadores mantenían las perspectivas más anchas y abiertas, no solo en lo concerniente a la metodología, sino a los conceptos más generales que les servían de apoyo e iban desde la mente animal hasta el instinto. Dewsbury (1992) por ejemplo señala con acierto que, conforme a la perspectiva recibida sobre el perfil de la psicología comparada y la etología, esta última fue definida como el estudio de los insectos, los peces y las aves en su ambiente ecológico natural mientras la psicología comparada se especializó en la investigación del aprendizaje de las ratas blancas en el laboratorio. Esa visión apunta a que ambas disciplinas avanzaron por caminos separados y notoriamente diferentes, sin conexiones mutuas. No obstante, el trabajo de los

psicólogos comparativos en sus comienzos no guarda diferencias esenciales con el de los etólogos. Incluso Watson, al iniciar su carrera, pasó cuatro veranos observando gaviotas oscuras en las costas de Florida y concentrándose en el estudio de la orientación, aprendizaje, localización del nido y desarrollo. Estas investigaciones del comportamiento natural tenían una cercana proximidad con lo que más tarde sería común entre los etólogos (Dewsbury, 1992).

Una mirada más atenta al estilo de trabajo de Robert Yerkes nos ayudará a entrever un ejemplo claro de esta disposición. Muchos psicólogos de la época compartían ese mismo espíritu. Como lo ha estudiado Reed (1987), Yerkes fue un geneticista al estilo de Francis Galton (1822-1911) y Lewis Terman (1877-1956) y un objetivista a la manera de Loeb y Watson, cuyas aspiraciones en el control de la conducta también compartió. Al mismo tiempo era un evolucionista por principio, y al igual que Darwin, no se mostraba dispuesto a dejar de lado ninguna fuente de información que pudiera servir como una vía para el avance del conocimiento. En los Estados Unidos, Yerkes fue uno de los exponentes principales del movimiento de los *tests* psicológicos. Este talante singular marcaba una diferencia muy perceptible con el conductismo. Reed (1987) recuerda que en el libro introductorio a la psicología del que Yerkes fue autor y que se publicara originalmente en 1911 (Yerkes, 1911), una parte sustancial de su contenido se hallaba dedicado al estructuralismo, con descripciones detalladas sobre la percepción, la conciencia y las asociaciones, concebidas a la manera de Titchener. Otras obras importantes de Yerkes como su estudio en coautoría sobre la inteligencia de los chimpancés y sus vocalizaciones permiten encontrar indicios de esta misma amplitud de miras, incorporando, por ejemplo, el análisis de los rasgos mentales de los primates (Yerkes & Learned, 1925).

Las comparaciones entre el hombre y todas las demás especies condujeron a Watson (1914) hacia una evaluación detenida de, quizás, el problema de mayor trascendencia que pueda ser investigado en este contexto: el de una continuidad o división entre el comportamiento de los humanos y el de los *brutos*. Sobre estos últimos, al ser cotejados unos con otros, Watson (1914) declaraba no haber encontrado ninguna diferencia extraordinariamente sutil. Las hay, por supuesto, en detalles como la presencia o ausencia de ciertos tipos de acción, el rango de la sensibilidad de los receptores y el funcionamiento de los mismos y en el desarrollo, extensión, combinaciones o efectividad que poseen los sistemas musculares, entre otros aspectos. En los primates se encuentran formas rudimentarias de los tipos de reacción que usualmente encontramos en el hombre. Sin embargo Watson (1914) advertía que el simple recurso a la diversidad del sistema nervioso como vía explicativa para solucionar la incógnita de la continuidad no brinda mejores resultados. De hecho, la idea de una brecha entre los humanos y las demás especies está presente en el pensamiento humano desde mucho tiempo atrás y tiene resonancias milenarias inclusive. Al respecto, Watson (1914) creía que la certeza sobre la inexistencia de una ruptura iba imponiéndose cada vez más entre los académicos de su época, muchos de los cuales se inclinaban por difuminar cualquier separación radical. La teoría de la evolución tenía bastante que ver con ello. En los comienzos del siglo XX era relativamente común que el eslabón perdido de Darwin se atribuyera a descubrimientos paleontológicos como el del Hombre de Neanderthal o el que, por aquél tiempo, aún se denominaba Hombre de Java, descubierto por el médico del ejército holandés Eugène Dubois (1858-1940) (Shipman, 2001). Para quienes adoptaran al proceso evolutivo como un criterio básico y definitivo para dirimir la cuestión, esta *brecha* entre los humanos y los animales podría parecer incluso menos defendible.

Pero no es lo que Watson pensaba exactamente. Como admitieron otros autores con anterioridad a su trabajo, él sostuvo que donde se observa una similitud en la estructura de inmediato se presume una igualdad en la función. En otras palabras, si encontramos al hombre haciendo algo que el animal no puede, la razón podría deberse únicamente a una de dos alternativas: a) el animal no posee la estructura respectiva o b) no la ostenta en una forma lo suficientemente desarrollada. Observando al hombre y los animales, decía Watson (1914), encontramos que hay una diferencia en la estructura que importa significativamente para la opinión popular así como la de algunos científicos, y al mismo tiempo apoya la convicción de que existe una brecha real y concreta. El argumento al que hacía alusión ya suena con fuerza desde los versículos bíblicos del *Génesis* y se perpetúa en la obra de numerosos escritores de todas las épocas: la carencia de mecanismos bien desarrollados para el habla en los animales y la consecuente ausencia de hábitos lingüísticos. En la posesión del lenguaje es donde finalmente se abre la profundidad del resquicio entre los humanos y las demás especies. Recordar lo que Watson razonaba al respecto puede ser más que ilustrativo:

Lo que estamos diciendo es que si pudiéramos establecer en el antropoide incluso un lenguaje primitivo y fuésemos entonces a compararlo con el bosquimano australiano primitivo, deberíamos perder inmediatamente el sentimiento de que hay alguna diferencia cualitativa entre su comportamiento y el nuestro propio, es decir, deberíamos perder el sentimiento a la vez que la idea de que sea un bruto (Watson, 1914, pp. 322).

A finales del siglo XIX comenzaron los primeros intentos para enseñar alguna forma de signos a los chimpancés. Estos trabajos procuraban responder a las preguntas fundamentales sobre el origen evolutivo del lenguaje y a cuáles serían los indicios para distinguirlo (Radick, 2007). Es necesario observar, sin embargo, que aquéllas experiencias se realizaban con una metodología más bien simple y sin tomar suficientemente en cuenta las diferencias anatómicas y funcionales, las mismas que Watson remarcó. Desde luego, tales estudios carecieron del éxito esperado y no fue sino hasta mediados de la década de 1960 que el matrimonio de Allen y Beatrix Gardner consiguió avances significativos con el uso del lenguaje de signos *Ameslam* (*American Sign Language*) del que se valen los sordos en los Estados Unidos y que enseñaron a su famosa chimpancé hembra, Washoe (Gardner, Gardner & Van Cantfort, 1989). Pero tales resultados aún se hallaban muy distantes en el futuro para que Watson y sus contemporáneos los tomaran en cuenta. Las explicaciones de estos fenómenos también serían muy divergentes, por supuesto. Watson (1914) recordaba que antes que los hábitos pudieran formarse era necesario que los estímulos relevantes despertaran algunas reacciones reflejas apropiadas. Por ello, sin el estímulo adecuado, ningún hábito se instala. Es lo que ocurre con el niño al momento de adquirir los primeros rudimentos del lenguaje. En ellos, la abundancia de los estímulos es tan exuberante que el mecanismo del habla resulta muy apropiado para que a él se vincule la formación de los hábitos respectivos. En el caso de los músculos y mecanismos de la garganta sucede algo similar a lo que conocemos con los demás movimientos del cuerpo, es decir, existen concatenaciones específicas de reflejos que se consideran llantos y sonidos instintivos. Los animales tienen un grupo fijo y definitivo de ellos. En ellos no hay evidencia de que sus sonidos característicos sean modificados por los que provienen de otras especies diferentes. Es decir, son estables y predecibles.

Pero en el momento en que el niño forma el primer hábito lingüístico, habrá de diferenciarse para siempre de las bestias "...y en lo sucesivo mora aparte en otro mundo" (Watson, 1914, pp. 331). Naturalmente que continuará utilizando todos los dispositivos musculares con los que está dotado y ejecutará sus hábitos a plenitud, pero desde allí no habrá ya nada que pueda disputarle su derecho de ser llamado un ser humano. Esta conclusión de Watson terminaba cerrando la posibilidad de cualquier discusión posterior en la disputa sobre la continuidad. El sintetizaba los argumentos expresando su convicción sobre la completa futilidad de buscar indicios de razonamiento o imaginación en los animales, habida cuenta que los mismos son dependientes del lenguaje o, mejor dicho, de un grupo específico de hábitos corporales con similar funcionamiento y vinculados a los hábitos del habla. Los cimientos para la interpretación sobre el lugar diferenciado de los humanos y los animales en referencia a los procesos evolutivos que determinan la formación de las especies y en especial su relación con los fenómenos comportamentales estaban finalmente puestos. En la óptica de Tolman (1987b), estas puntualizaciones también sirvieron para fundamentar la clara noción watsoniana de una transformación cualitativa que ocurre con la especie humana, lo cual presupone al mismo tiempo el *status* especial que presuntamente le corresponde. De esta forma, el conductismo sucumbía a un reduccionismo que en su esencia resultaba también marcadamente antievolucionista. El triunfo de esta escuela psicológica fue una de las señales más claras de la declinación que sufrió la teorización evolucionista en los países de habla inglesa, aumentando la ironía de que Watson enmarcó la presentación de los argumentos expuestos en *Conducta* sobre una perspectiva darwiniana (Richards, 1987). Las suposiciones, principios básicos, aproximación y estilo que habían caracterizado a la psicología comparada desde los días de Darwin y Romanes, sufrieron un vuelco muy importante. Watson, que para algunos autores era la figura más descollante de la psicología comparada en su momento (Mills, 1998), desarrolló con precisión las coordenadas básicas sobre las que habría de orientarse el conductismo de los inicios, pretendidamente basado en la extensa investigación realizada por él y otros colegas sobre el complejo ámbito que concierne al comportamiento animal. Comenzaba a trazarse el camino que, para ganancia de algunos aspectos y para pérdida de otros, habría de recorrer la psicología durante gran parte del siglo que le quedaba por delante.

Conclusión

Observada en retrospectiva, la psicología ha transitado por una senda accidentada que cubre ciento treinta y cinco años de cambio y debate constante a partir de su reconocida autonomía institucional en 1879. Junto a otros aspectos resaltantes como el desarrollo de la vertiente aplicada y la expansión permanente de las áreas de interés, fue la secuencia en la aparición y sucesión de enfoques y teorías lo que más identificó su existencia como disciplina. Muchas de las aproximaciones que surgieron en la psicología tuvieron un importante éxito inicial y luego desaparecieron parcial o completamente. Otras en cambio sostuvieron una vigencia permanente, no sin sufrir desde luego ciertas modificaciones en relación a los preceptos iniciales que defendieron sus fundadores, para mantenerse en el escenario central de las producciones científicas durante más de un siglo. El enfoque de John B. Watson pertenece a esta última categoría de teorías. En un comienzo, el conductismo fue un movimiento orientado contra la conciencia como el objeto primario de la psicología y en desacuerdo con la introspección como su método de investigación básico (Hayes,

Wilson & Gifford, 1999). En las décadas siguientes muchas transformaciones continuaron acumulándose en el plano de la teoría y la aplicación, siendo la más significativa entre ellas el establecimiento del *conductismo radical* de Skinner, que condujo la explicación del comportamiento desde lo que se describe como el mecanicismo clásico hacia las explicaciones de tipo relacional (Chiesa, 1992) y funcional (Moxley, 1992). En ellas, el comportamiento aparece como una función directa de las contingencias ambientales a través del reforzamiento. Como afirma Leahey (2004), entre todas sus variantes el conductismo de Skinner es el más próximo y cercano al de Watson en lo que toca a su esencia básica, aunque no en los detalles.

No hace falta insistir en que el desarrollo de las teorías científicas es una sucesión concatenada de influencias y transformaciones mutuas y diversas. Por ello, y aunque Watson haya sido el más vigoroso defensor del enfoque comportamental (Greenwood, 2009) es indiscutible que su trabajo tuvo significativos antecedentes en la obra de otros autores. El arribo del conductismo fue abonado por discusiones y posicionamientos teóricos previos, aunque es claro que la conferencia de 1913 y el libro de 1914 marcaron hitos fundamentales. Otras publicaciones de años posteriores, significativamente el libro de 1919 titulado *Psychology from the standpoint of a behaviorist (La psicología desde el punto de vista de un conductista)* (Watson, 1919) o el de 1924, *Behaviorism (Conductismo)* (Watson, 1924) no hicieron otra cosa que reforzar los principios y el programa inicialmente propuesto, aunque al mismo tiempo lo alejaron de las sintonías evolucionistas previas. En su momento, muchos pudieron no sentirse demasiado conformes con el plan que Watson trazó para la psicología, especialmente por la negación total del estudio de los procesos mentales (Hart & Kritsonis, 2006). Pero aun así, ya no era posible contemplar las cosas como se había hecho antes.

La verdad es que el conductismo obtuvo más influencia de lo que puede ser obvio a simple vista y esto se refleja en muchos hechos singulares. Por ejemplo, luego de concluida la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y en el primer encuentro internacional de filósofos que tuvo lugar en la Universidad de Oxford, Watson estuvo invitado -aunque no pudo asistir por el difícil momento que atravesaba en su tormentoso divorcio- a un simposio sobre la teoría conductista y al que se preveía la asistencia de algunas de las mentes más brillantes de la época (Hall, 2009). A pesar que Watson y el conductismo por él creado fueron controversiales, igual que su ambientalismo extremo, hoy podría ser muy útil superar las caricaturizaciones que se han hecho de sus consignas para lograr una mejor comprensión del rol del aprendizaje en el desarrollo del comportamiento (Horowitz, 1992). La psicología, luego de estas contribuciones de Watson, recibió una impronta muy fuerte y duradera en que la aspiración a una ciencia objetiva y rigurosa nunca desapareció por completo. Aunque el vino añejo pueda haber cambiado un poco su sabor en los odres nuevos, siguió igual en su esencia. O como dice Harzem (2004) respecto a las recomendaciones de Watson para la psicología: el conductismo es como un cubo de azúcar disuelto en una taza de té, no tiene una existencia distinta pero está en todas partes.

En particular, *Conducta* modificó varios aspectos fundamentales en la concepción sobre el objeto de estudio que compete a nuestra ciencia. Concebido en el plan básico del libro como una introducción a la psicología comparada, su publicación trajo al estudio del comportamiento animal una metodología sencilla y objetiva, pero eliminando a renglón seguido muchas de las interrogantes más importantes que habían formado las bases anteriores de esta disciplina, es decir, cuestiones

como los orígenes, distribución y desarrollo de la mente (Demarest, 1987). En este sentido, el libro introdujo cambios profundos y radicales, aunque no siempre beneficiosos, pues tuvo el indeseado efecto de privar a la psicología comparada de muchos de sus problemas de investigación más atrayentes e importantes. No todo fue absolutamente positivo o completamente negativo. Lo que se ganó en precisión metodológica, se perdió en amplitud conceptual. Durante las décadas siguientes, el arrinconamiento de la psicología comparada como el estudio del comportamiento de la rata blanca en el laboratorio obedeció en gran parte al estilo de psicología defendido en el libro. Este cambio hizo que indirectamente se reafirmara la etología, cuyo fortalecimiento a mediados de la década de 1950 permitió que ocupara muchos de los ámbitos que anteriormente eran propios de la psicología comparada. Tales distanciamientos comenzaron a revertirse en el decenio de 1990, cuando una mayor combinación de los enfoques experimentales de la psicología y los naturalistas de la etología dieron lugar a una integración paulatina, como es perceptible en algunos de los textos fundamentales publicados a principios de esa década (Dewsbury, 1990). Casi lo mismo puede mencionarse respecto a la utilización del instinto como concepto, que guarda significativas conexiones con el trabajo de McDougall. Aunque Watson fue muy cuidadoso al replantearlo como cadenas de reflejos, su posición muchas veces fue interpretada más como un rechazo radical que como una redefinición operacional. Hoy tal constructo ha sido redefinido por los psicólogos comparativos en cuanto *comportamiento específico de la especie*. Solo teniendo presentes estos aspectos es como mejor puede revalorizarse el sentido y contribución que correspondió a *Conducta*. Y aunque en la actualidad no sea la obra más adquirida en las librerías ni la lectura más recomendada en los cursos universitarios de psicología, su influencia está presente en la concepción de muchos de los temas fundamentales de la disciplina, en las prevenciones para definir sus términos básicos y en una gran parte de su metodología. El libro tuvo el mérito insustituible de enmendar rumbos cuando fue necesario hacerlo. Al sumergirse en la lectura de sus páginas una centuria después podrá comprobarse que el contenido sigue vivo y lleno de sugerencias y desafíos importantes para la psicología de hoy.

Referencias

- Alexander, B. K. & Shelton, C. P. (2014). *A history of Psychology in western civilization*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Angell, J. R. (1907). The province of functional psychology. *Psychological Review*, 14(2), 61-91.
- Ardila, R. (2002). *La psicología en el futuro. Los más destacados psicólogos del mundo reflexionan sobre el futuro de su disciplina*. Madrid: Pirámide.
- Ardila, R. (2013). Los orígenes del conductismo, Watson y el manifiesto conductista de 1913. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 45(2), 315-319.
- Asprem, E. (2010). A nice arrangement of heterodoxies: William McDougall and the professionalization of psychical research. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 46(2), 123-143.
- Baars, B. J. (1986). *The Cognitive Revolution in Psychology*. New York: The Guilford Press.
- Baldwin, J. M. (Ed.) (1901-1905). *Dictionary of Philosophy and Psychology*. New York: The Macmillan Company, 3 volúmenes.

- Barrett, L. (2012). Why Behaviorism isn't Satanism. En J. Vonk & T. K. Shackelford (Eds.), *The Oxford Handbook of Evolutionary Comparative Psychology* (pp. 17-38). New York: Oxford University Press.
- Bechterew, W. (1913). *La Psicología Objetiva*. Paris: Librairie Félix Alcan.
- Boakes, R. A. (1989). *Historia de la psicología animal. De Darwin al conductismo*. Madrid: Alianza.
- Brewer, C. L. (1991). Perspectives on John B. Watson. En G. A. Kimble, M. Wertheimer & C. L. White (Eds.), *Portraits of pioneers in Psychology* (pp. 171-186). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Buckley, K. W. (1989). *Mechanical man. John Broadust Watson and the beginnings of behaviorism*. New York: The Guilford Press.
- Cadwallader, T. C. (1987). Early zoological input to comparative and animal psychology at the University of Chicago. En E. Tobach (Ed.), *Historical perspectives and the international status of comparative psychology* (pp. 37-59). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Chiesa, M. (1992). Radical Behaviorism and scientific frameworks. *American Psychologist*, 47(11), 1287-1299.
- Cofer, C. N. (1985). Drives and motives. En G. A. Kimble & K. Schlesinger (Eds.), *Topics in the History of Psychology 2* (pp. 151-190). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Conway, J. (2013). Stereotypes of femininity in a theory of sexual evolution. En M. Vicinus (Ed.), *Suffer and be still. Women in the Victoriana age* (pp. 140-154). New York: Routledge (publicación original: 1972).
- Cooper, J. B. (1985). Comparative Psychology and Ethology. En G. A. Kimble & K. Schlesinger (Eds.), *Topics in the History of Psychology, Volume 1* (pp. 135-164). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Darwin, C. (1859). *The origin of species by means of natural selection or the preservation of favoured races in the struggle for life*. London: John Murray.
- Darwin, C. (1872). *The expression of the emotions in man and animals*. London: John Murray.
- Demarest, J. (1987). Two comparative psychologies. En E. Tobach (Ed.), *Historical perspectives and the international status of comparative psychology* (pp. 127-155). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Dewsbury, D. A. (1988). The Comparative Psychology of Monogamy. En D. W. Leger (Ed.), *Comparative Perspectives in Modern Psychology* (pp. 1-50). Lincoln: University of Nebraska Press (Nebraska Symposium on Motivation, Volume 35).
- Dewsbury, D. A. (1990) (Ed.). *Contemporary issues in Comparative Psychology*. Sunderland: Sinauer Associates.
- Dewsbury, D. A. (1992). Comparative Psychology and Ethology: A reassessment. *American Psychologists*, 47(2), 208-215.
- Digdona, N., Powell, R. A., & Smithson, C. (2014). Watson's alleged Little Albert scandal: Historical breakthrough or new Watson myth? *Revista de Historia de la Psicología*, 35(1), 47-60.
- Evans, R. B. (1984). The origins of American academic psychology. En J. Brozek (Ed.), *Explorations in the history of psychology in the United States* (pp. 17-60). Cranbury: Associated University Presses.
- Fridlund, A. J., Beck, H. P., Goldie, W. D., & Irons, G. (2014). Little Albert: A neurologically impaired child. *History of Psychology*, 15(4), 302-327.
- García, J. E. (2014). Entre la aceptación y el rechazo: Emilio Mira y López y el Psicoanálisis. Manuscrito sometido a publicación.

- Gardner, R. A., Gardner, B. T., & Van Cantfort, T. E. (1989) (Eds.). *Teaching sign language to chimpanzees*. Albany: State University of New York Press.
- Gondra, J. M. (2014). Behaviorist, publicist and social critic: The evolution of John B. Watson. *Revista de Historia de la Psicología*, 35 (1), 13-36.
- Green, C. D. (2009). Darwinian Theory, Functionalism, and the first American psychological revolution. *American Psychologist*, 64 (2), 75-83.
- Greenwood, J. D. (2009). *A conceptual history of psychology*. New York: McGraw-Hill.
- Hall, G. (2009). Watson: The thinking man's behaviourist. *British Journal of Psychology*, 100, 185-187.
- Harris, R. (2014). Rosalie Rayner, feminist? *Revista de Historia de la Psicología*, 35 (1), 61-70.
- Hart, K. E., & Kritsonis, W. A. (2006). A critical analysis of John B. Watson's original writing: "Behaviorism as a behaviorist views it" (1913). *National Forum of Applied Research Journal*, 19 (3), 1-6.
- Harzem, P. (2004). Behaviorism for new psychology: What was wrong with behaviorism and what it is wrong with it now. *Behavior and Philosophy*, 32, 5-12.
- Hayes, S. C., Wilson, K. G., & Gifford, E. V. (1999). Consciousness and private events. En B. A. Thyer (Ed.), *The philosophical legacy of behaviorism* (pp. 153-187). Dordrecht: Kluwer Academic.
- Hergerhahn, B. R., & Henley, T. B. (2013). *An introduction to the History of Psychology*. Boston: Cengage Learning, Séptima Edición.
- Hobhouse, L. T. (1915). *Mind in evolution*. London: Macmillan, Segunda Edición.
- Hocutt, C. (1996). Behaviorism as opposition to cartesianism. En W. O'Donohue & R. F. Kitchener (Eds.), *The Philosophy of Psychology* (pp. 81-95). London: Sage.
- Horowitz, F. D. (1992). John B. Watson's legacy: Learning and environment. *Developmental Psychology*, 28(3), 360-367.
- Innis, N. K. (1992). Tolman and Tryon. Early research on the inheritance of the ability to learn. *American Psychologist*, 47(2), 190-197.
- Innis, N. K. (1998). History of Comparative Psychology in biographical sketches. En G. Greenberg & M. M. Haraway (Eds.), *Comparative Psychology: A Handbook* (pp. 3-24). New York: Garland.
- James, W. (1890). *The Principles of Psychology*. New York: Henry Holt and Company, 2 volúmenes.
- Jennings, H. S. (1906). *Behavior of the lower organisms*. New York: The Columbia University Press.
- Kantowitz, B. H., Roediger III, H. L., & Elmes, D. G. (2009). *Experimental Psychology*. Stamford: Cengage Learning.
- Kardas, E. P. (2014). *History of Psychology: The making of a science*. Belmont: Wadsworth Cengage Learning.
- Kloppenber, J. T. (1986). *Uncertain victory. Social democracy and progressivism in European and American thought, 1870-1920*. New York: Oxford University Press.
- Leahey, T. H. (1998). *Historia de la Psicología. Principales corrientes en el pensamiento psicológico* (4ta Edición). Madrid: Prentice Hall.
- Leahey, T. H. (2004). Behaviorism. En W. E. Craighead & C. B. Nemeroff (Eds.), *The Concise Corsini Encyclopedia of Psychology and Behavioral Science* (3ra Edición), (pp. 113-116). Hoboken: John Wiley & Sons.

- Loeb, J. (1900). *Comparative Physiology of the Brain and Comparative Psychology*. New York: G. P. Putnam's Sons.
- Logue, A. W. (1978). Behaviorist John B. Watson and the continuity of the species. *Behaviorism*, 6(1), 71-79.
- Malone Jr., J. C. (1990). William James and habit: A century later. En M. G. Johnson & T. B. Henley (Eds.), *Reflections on The Principles of Psychology: William James after a century* (pp. 139-165). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Mast, S. O. (1911). *Light and the behavior of organisms*. New York: John Wiley & Sons.
- McDougall, W. (1912a). *Psychology: The study of behaviour*. New York: Henry Holt and Company.
- McDougall, W. (1912b). *An introduction to Social Psychology* (6ta Edición). London: Methuen & Co.
- Mills, J. A. (1998). *Control: A history of Behavioral Psychology*. New York: New York University Press.
- Moore, J. (1999). The basic principles of behaviorism. En B. A. Thyer (Ed.), *The philosophical legacy of behaviorism* (pp. 41-68). Dordrecht: Kluwer Academic.
- Moore, J. (2011). Behaviorism. *The Psychological Record*, 61, 449-464.
- Morgan, C. L. (1896a). *Habit and Instinct*. New York: Edward Arnold.
- Morgan, C. L. (1896b). *An introduction to Comparative Psychology*. London: Walter Scott, Ltd.
- Moxley, R. A. (1992). From mechanistic to functional behaviorism. *American Psychologist*, 47(11), 1300-1311.
- Papini, M. R. (2008). *Comparative Psychology. Evolution and Development of Behavior* (2da Edición). New York: Psychology Press.
- Pickren, W. E., & Rutherford, A. (2010). *A history of modern psychology in context*. Hoboken: Wiley.
- Pinillos, J. L. (1975). *Principios de Psicología*. Madrid: Alianza.
- Powell, R. A., Digdon, N., Harris, B., & Smithson, C. (2014). Correcting the record on Watson, Rayner, and Little Albert. Albert Barger as “Psychology’s Lost Boy”. *American Psychologist*, 69(6), 600-611.
- Powell, R. A., Honey, P. L., & Symaluk, D. G. (2013). *Introduction to Learning and Behavior* (4ta Edición). Belmont: Wadsworth, Cengage Learning.
- Radick, G. (2007). *The simian tongue. The long debate about animal language*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Rayner Watson, R. (2014). What future has motherhood? *Revista de Historia de la Psicología*, 35(1), 71-78.
- Reed, J. (1987). Robert M. Yerkes and the comparative method. En E. Tobach (Ed.), *Historical perspectives and the international status of comparative psychology* (pp. 91-101). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Reese, H. W. (2013). Influences of John B. Watson’s behaviorism on child psychology. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 39(2), 48-80.
- Richards, R. J. (1987). *Darwin and the emergence of evolutionary theories of mind and behavior*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Richelle, M. N. (1993). *B. F. Skinner: A reappraisal*. Hove: Psychology Press.
- Romanes, G. J. (1884). *Animal intelligence*. New York: D. Appleton and Company.

- Rossi, L. A., Falcone, R., & Ibarra, F. (2014). Emilio Mira y López en Argentina. *Revista de Historia de la Psicología*, 35(2), 93-110.
- Sánchez-Moreno, I. (2014). El remordimiento de Prometeo: Una revisión comparada entre la perspectiva de Emilio Mira y Ramón Sarró sobre psicología del arte. *Revista de Historia de la Psicología*, 35(3), 7-34.
- Schultz, D. P., & Schultz, S. E. (2011). *A history of modern psychology*. Belmont: Wadsworth, Cengage Learning, Décima Edición.
- Shipman, P. (2001). *The man who found the missing link. Eugène Dubois and his lifelong quest to prove Darwin right*. Cambridge: Harvard University Press.
- Shirae, E. (2014). *A History of Psychology. A global perspective*. London: Sage, Segunda Edición.
- Smith, L. D. (1986). *Behaviorism and Logical Positivism. A reassessment of the alliance*. Stanford: Stanford University Press.
- Thorpe, W. H. (1982). *Breve historia de la etología*. Madrid: Alianza.
- Titchener, E. B. (1896). *An outline of Psychology*. New York: The Macmillan Company.
- Tolman, C. W. (1987a). The Comparative Psychology of Leonard T. Hobhouse: Its content and conception. *International Journal of Comparative Psychology*, 1(2), 85-96.
- Tolman, C. W. (1987b). Theories of mental evolution in Comparative Psychology: Darwin to Watson. En E. Tobach (Ed.), *Historical perspectives and the international status of comparative psychology* (pp. 15-23). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Tolman, C. W. (1992). Watson's Positivism: Materialist or Phenomenalist? En C. W. Tolman (Ed.), *Positivism in Psychology. Historical and Contemporary Problems* (pp. 83-102). New York: Springer-Verlag.
- Trotter, W. (1917). *Instincts of the herd in peace and war*. London: T. Fisher Unwin Ltd., Tercera Reimpresión.
- Walsh, R. T. G., Teo, T., & Baydala, A. (2014). *A critical History and Philosophy of Psychology*. New York: Cambridge University Press.
- Washburn, M. F. (1917). *The animal mind. A text-book of Comparative Psychology* (2da Edición). New York: The Macmillan Company.
- Wasserman, E. (1999). Behaviorism. En R. A. Wilson & F. C. Keil (Eds.), *The MIT Encyclopedia of the Cognitive Sciences* (pp. 77-80). Cambridge MA: The MIT Press.
- Watson, J. B. (1913). Psychology as the behaviorist views it. *Psychological Review*, 20, 158-177.
- Watson, J. B. (1914). *Behavior. An Introduction to Comparative Psychology*. New York: Henry Holt and Company.
- Watson, J. B. (1919). *Psychology from the standpoint of a behaviorist*. Philadelphia: J. B. Lippincott Company.
- Watson, J. B. (1924). *Behaviorism*. London: Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Ltd.
- Watson, J. B. (2014). Why I don't commit suicide. *Revista de Historia de la Psicología*, 35(1), 37-46.
- Wertheimer, M. (2012). *A brief History of Psychology* (5ta Edición). New York: Psychology Press.
- Wight, R. D. (1993). The Pavlov-Yerkes connection: What was its origin? *The Psychological Record*, 43, 351-360.
- Wispe, (1991). *The Psychology of Sympathy*. New York: Plenum.

- Yerkes, R. M. (1904). Review of Contributions to the study of the behavior of lower organisms by Herbert S. Jennings. *Science*, 20(518), 750-753.
- Yerkes, R. M. (1911). *Introduction to Psychology*. New York: Henry Holt and Company.
- Yerkes, R. M., & Learned, B. W. (1925). *Chimpanzee intelligence and its vocal expressions*. Baltimore: The Williams & Wilkins Company.